



PAZ Y BIEN
PARROQUIA INMACULADA CONCEPCIÓN



XXIX Domingo durante el año
17- X- 2010

Textos:

Ex.: 17, 8-13.

II Tim.: 3, 14—4, 2.

Lc.: 18, 1-8.

“...orar siempre sin desanimarse...”

La Sagrada Escritura que hemos proclamado y escuchado, es una invitación, una exhortación a la oración. El Evangelio nos impulsa a orar, a creer y a no presumir de nosotros sino del Señor.

En la primera lectura la imagen de las manos levantadas de Moisés durante la batalla con Amalec es sumamente elocuente y nos enseña a no decaer en la vida de oración; y por la parábola de la mujer insistente en pedir justicia al juez impío, se nos recuerda que debemos ser perseverantes en la oración.

Hoy la Iglesia debe hablar de la oración al hombre de la gran ciudad, un hombre agitado, cuando no desquiciado. A esta realidad se le debe sumar el deterioro del sentido religioso y el secularismo que margina a Dios y genera la atrofia de la vida espiritual y de la oración.

Hermanos, es grave para la vida humana, y para la creación, cuando se ignora o se combate el connatural sentido de lo sagrado o sentido religioso del ser humano, porque esto afecta medularmente la vida de oración pues el sentido de lo sagrado se expresa sobre todo mediante la oración y en el respeto a la creación como obra de Dios.

Apyados en la experiencia humana, me atrevería a decir que la falta de oración es contra-natura, pues el ser humano por naturaleza está abierto a la trascendencia, es una exigencia antropológica.

Existe un principio en teología que afirma: “la gracia supone la naturaleza”; para avanzar en la vida de oración, debemos cuidar, no solo nuestra salud corporal sino también nuestra salud mental porque “una mente descuidada, sensual, no creyente, desprovista de amor y temor a Dios, una mente de mirada estrecha y aspiraciones terrenas, de bajo nivel de obligaciones y conciencia oscurecida, una mente satisfecha consigo misma, indócil a la voluntad de Dios” (Beato J. H. Newman. Serm. VIII. 25. XII. 1825); difícilmente nos permitirá rezar.

La falta de oración acarrea serias dificultades y males. “Estamos convencidos – decía Pablo VI – de que muchas de las crisis espirituales y morales de personas educadas e insertas a diversos niveles en el organismo eclesial, se deben a la languidez y tal vez a la falta de una vida regular e intensa de oración, sostenida hasta

hace poco por prudentes costumbres exteriores. Estas han sido abandonadas, y la oración se ha apagado, y con ella, la fidelidad y la alegría...” (Vaticano 1969).

La vida de oración supone la humildad, la vigilancia y la perseverancia: “Perseverad constantemente en la oración, velando en ella y acompañándola de acciones de gracias” (I Tim. 2, 1-2), nos exhorta san Pablo.

La escena del Libro del Éxodo, nos muestra a Moisés en combate y nos enseña que el que entabla un combate, especialmente interior, necesita en todo momento de cuatro cosas: la humildad, una gran vigilancia, la voluntad de resistir y la oración.

La humildad: es una condición previa pues el hombre orgulloso es eliminado del combate.

La vigilancia: es necesaria para reconocer inmediatamente a los enemigos y para guardar el corazón libre con respecto a los vicios.

La voluntad de resistir: que supone la fortaleza en la lucha.

La oración: es el mayor triunfo de la cual depende todo el combate. (Cfr. T. Colliander: “Caminos de los desiertos”).

La mujer de la parábola nos recuerda que “la importunidad y la constancia son requisitos ineludibles de la actitud del orante” (S. Agustín. Serm. 77, 1), nos enseña san Agustín y nos insta a ser exigentes y reiterativos en nuestras peticiones, pues la perseverancia en la oración dilata el espíritu para desear y pedir grandes cosas, o lo que más nos conviene (Cfr. Serm. 61, 6).

La oración perseverante de Moisés y de la mujer del evangelio, presupone la fe; si falta la fe, la oración perece. “Y para mostrar – dice san Agustín – que la fe es la fuente de la oración y que no puede fluir el río cuando se seca el manantial del agua, pues ‘¿cómo invocarán a uno en quien no creen?’ (Rom. 10, 14). Creemos, entonces, para poder orar. Y oremos, para que no decaiga la fe mediante la cual oramos. De la fe fluye la oración; y la oración que fluye suplica firmeza para la misma fe” (Serm. 115, 1).

Hermanos, debemos cuidar la vida de oración porque abandonar la oración, es desertar del puesto cuando se está de guardia.

Todo sabemos que el apostolado es importante, pero no es nada sin la oración. “Los que se esfuerzan en tener cuidado de sí en hacer obras agradables a Dios y se descuidan de hacer bien la oración, con solo una mano nadan; con solo una mano pelean y andan con un solo pie; porque el Señor dos cosas nos enseñó ser necesarias cuando dijo: ‘Velad y orad para que no entréis en la tentación’ (Mt. 26)” (San Juan de Ávila, “Audie Filia”).

La vida cristiana queda paralizada sin la oración. “Las almas sin oración son como un cuerpo tullido que aunque tiene pies y manos no se puede mover” (Santa Teresa de Jesús, Mor. 1).

Solemos justificarnos diciendo que nuestra vida es muy complicada, que no nos queda tiempo para la lectura del Evangelio, para la oración; a esta dificultad santa Teresa responde: “Por mucho que tengan que hacer, no dejen de procurar tiempo para tener oración” (Fund. 30). Debemos cuidar que “nada se anteponga a la oración” (San Benito. “Regla monachorum”; Prólogo).

En definitiva la “calidad” de la vida cristiana depende de nuestra oración y de la gracia de los sacramentos. Así nos lo enseña Benedicto XVI: “Sin la vida de oración sin la transformación interior que se lleva a cabo a través de la gracia de los sacramentos, no podemos, en palabras del card. Newman, ‘irradiar a Cristo’; nos convertimos en otros ‘platos que aturden’ (I Cor. 13, 1) en un mundo lleno de creciente ruido y confusión, lleno de falsos caminos que sólo conducen a angustias y espejismos” (L’Obs. Rom. nº 39, 26 sep. 2010).

Hoy el mundo reconoce más a los testigos que a los doctores, nuestro principal apostolado es irradiar a Cristo y esto solo es posible si somos fieles a la oración pues solo ella nos va transformando gradualmente a semejanza de Dios (Cfr. id.).

El nuevo beato, card. Newman, nos enseña que “el hábito de la oración, la práctica de buscar a Dios y el mundo invisible en cada momento, en cada lugar, en cada emergencia...tiene lo que se puede llamar un efecto natural en el alma, espiritualizándola y elevándola (Sermones parroquiales y comunes, IV).

Hermanos, la Iglesia necesita de católicos orantes. Todos debemos orar y ayudar a los demás a perseverar en la oración, y a no poner nuestra confianza en actividades externas, si es que queremos que la Iglesia no sea derrotada en los duros combates de nuestro tiempo. Y debemos entender que nuestra lucha no es solo contra poderes humanos sino contra el poder de las tinieblas (Cfr. Ef. 6, 12).

Pidamos al buen Dios:

Señor, enséñanos a orar; pero más aún; enséñanos a dejarte orar a Ti en nosotros.

Amén

G in D.

Sofía T. de Santamarina 551 – Monte Grande (B1842HVN) – Buenos Aires – Argentina
TE: 054-011-4290-0527

www.inmaculadamg.parroquia.org – e-mail: mensajes@inmaculadamg.parroquia.org